

Karl Schlögel

## **Terror y utopía. Moscú en 1937**

Traducción de José Aníbal Campos. Barcelona: Acantilado, 2014, pp. 999

El voluminoso libro que aquí se comenta se inscribe dentro del creciente interés por la historia social de la violencia política y de las víctimas producidas masivamente por los totalitarismos, que ha dado lugar a obras de importante calado teórico (como la de Arno Mayer), y a estremecedoras monografías centradas en el nazismo y la Segunda Guerra Mundial (como las de Timothy Snyder o Keith Lowe, por citar algunos ejemplos particularmente significativos). Por otra parte, no hay que olvidar los enormes avances en el estudio del estalinismo que se produjeron tras la caída de la URSS.

Schlögel, de quien ya se había vertido al castellano una obra de debate historiográfico más estrechamente relacionada con *Terror y utopía* de lo que a primera vista pudiera parecer (*En el espacio leemos el tiempo*, Siruela, 2007), parte de la idea central de que el año 1937 marcó un hito, un “punto de inflexión” en la historia contemporánea de Rusia, constituyendo las víctimas del terror estalinista una manifestación paroxística de ese “siglo de extremos” que fue la pasada centuria, a cuya reflexión no podemos renunciar si queremos comprender la reciente historia de Europa. Y es que, aunque el terror estalinista empieza mucho antes de la fecha referenciada, y aunque las cifras del horror que aquí se manejan languidecerán en términos cuantitativos frente a lo que vendrá después, estas significan un “salto cualitativo” en la evolución del régimen, un “exceso dentro del exceso” que supone este (p.15).

En el plano metodológico, el planteamiento es sugerente: se trata de no perder de vista la unidad de tiempo, espacio y acción, algo que, según el autor, no ha tenido en cuenta la historiografía predominante sobre el período estudiado, fragmentada en parcelas de actuación especializadas que, al compartimentar lo político, lo social y lo cultural, nos ha impedido comprender en su integridad la complejidad de los fenómenos históricos, que no se dejan aprehender fácilmente desde convenciones disciplinarias. No podemos, pues, como en tiempos de

Hannah Arendt, seguir considerando el estalinismo como un estricto acontecimiento político: urge un “giro paradigmático” que incorpore la experiencia concreta espacialmente articulada, y que no deje fuera ningún punto de vista. No se trata, sin embargo, de un mero regreso a la *histoire totale* de *Annales*, sino que nuestro historiador adopta deliberadamente una forma fragmentaria para “poner en escena el torbellino y la violenta colisión de los acontecimientos” (p.29). Es por eso que, inspirándose a la vez en la triple fuente proporcionada por Bajtin (con su cronotopo), Benjamin (con su *flâneur*) y Eisenstein (con su práctica del montaje), acomete la ambiciosa tarea de introducir un “valor añadido” al conocimiento histórico, poniendo de relieve la conjunción “que reproduce y despliega la complejidad que ha quedado paralizada por el aislamiento, entre sí, de los acontecimientos y espacios de la experiencia” (p.24). Para ello, Schlögel propone superar “oposiciones que se ha vuelto obsoletas” y “aprovechar el potencial explicativo de cualquier escuela, no importa cuál sea” (p.25). El objetivo resulta loable; no obstante, aquí hay que decir que el autor sorprende cuando, poco más adelante, afirma que el libro “no puede ofrecer ninguna conclusión, no presenta una tesis que dé coherencia a todo, sino que mantiene, precisamente por ello, ese elemento enigmático que diferencia a Moscú en 1937, hasta hoy, de muchos otros desastres históricos” (p.27). Y es que una cosa es pretender dar conclusiones cerradas y definitivas sobre el objeto de estudio (algo imposible en ciencias sociales), y otra pretender que nos aproximamos a un período inefable, situado más allá de cualquier capacidad de comprensión. La búsqueda del eclecticismo no constituye en sí misma una garantía de la calidad de los resultados.

Por motivos de extensión, resulta imposible entrar a resumir todos los capítulos del libro (que, significativamente, no aparecen numerados, lo que tiene mucho que ver con la voluntad *cronotópica* –valga la expresión– del autor), pero sí merece la pena detenerse en algunos de ellos. La exposición comienza de manera tan imaginativa como absorbente: el análisis de la novela de Bulgákov *El maestro y Margarita* nos acerca a una realidad en la que la gente, desafiando cualquier ley física, sencillamente desaparece. Y, lo que es más grave, se normaliza una situación en la que no se puede dar por sentada la existencia de nada ni de nadie, pues es muy probable que mañana, sin motivo aparente, una importante porción de la realidad haya cambiado, y sus protagonistas hayan desaparecido. Y es que la arbitrariedad, lo inesperado, y la difuminación de cualquier frontera entre lo real y lo fantástico es constitutiva de ese cronotopo que es “Moscú 1937.”

A partir de aquí, asistimos a una vertiginosa sucesión de planos (recuérdese el ya mencionado referente cinematográfico) que nos van dibujando múltiples aproximaciones a Moscú desde variadísimos puntos de vista. Con profusión de detalles se nos narra aspectos tan variados como el plan general para la reconstrucción de la capital, que implica todo un proyecto de estalinización de la misma, con el consiguiente borrado de memoria que comporta la destrucción de edificios y paisajes emblemáticos de la época zarista; la llegada masiva de migrantes, que lleva a la creación de un auténtico *melting pot* en la capital moscovita, y que supone la creación masiva de infravivienda, donde una nueva clase obrera en formación se va haciendo en condiciones que contrastan vivamente con el discurso y la arquitectura oficial. Vemos también el directorio telefónico de 1936, que es utilizado para realizar una ingeniosa “topografía de la desaparición”, cuya realización debe suspenderse precisamente porque no se puede estar seguro de que nada de lo que allí aparezca continuará existiendo durante mucho tiempo. Agudamente se nos describe el procedimiento de fabricación del enemigo que cristaliza en el primer proceso de Moscú, que no será tanto un procedimiento jurídico como un acto mediático que, pese a provocar la perplejidad de numerosos ciudadanos que veían cómo revolucionarios de intachables credenciales pasaban a ser traidores de la noche a la mañana, servirá para cohesionar y movilizar a un pueblo que se siente amenazado no sólo por el enemigo externo, sino también por el interno.

Sin olvidar lo que escribían sobre Moscú autores extranjeros que visitaron la capital, pasamos a ese importante objeto de la política exterior soviética que fue la guerra civil española: no sólo los métodos estalinistas se trasladaron tristemente a la represión interna del bando republicano, sino que fue enorme la importancia otorgada a esta por los medios de comunicación soviéticos, constituyendo un símbolo de la propia lucha contra un fascismo cada vez más amenazante y que supuestamente contaría con una importante quinta columna en el corazón de las repúblicas socialistas. Tras analizar los fracasos de un censo cuyas cifras no pueden cuadrar (debido en gran parte a las hambrunas de años anteriores) y que acabará con el castigo a los culpables de su elaboración, pasamos al segundo proceso (enero de 1937); especialmente interesante resulta comprobar cómo en torno a los enemigos de la patria (trotskistas-japoneses aliados de la Gestapo, desviacionistas, etc.), se crea un vocabulario que sirve de base a un “ritual de muerte”, codificado a través de actos perfectamente teatralizados, desde la exposición de los supuestos crímenes hasta esos “plebiscitos de muerte” que suponen las manifestaciones masivas en la plaza pública, pasando por la actitud conformista y autoinculpatória de las víctimas.

En imaginativos capítulos recorreremos aspectos como los actos del aniversario de Puskhin, quien previamente ha sufrido un adecuado proceso de reconversión, hasta convertirse en icono revolucionario y en objeto de la emergente cultura de masas; vemos desde el papel en la política soviética de la Exposición Universal de París hasta el arte, la arquitectura y sus debates, sin olvidar lo sumamente peligroso que podía llegar a ser dedicarse profesionalmente a la geología en la URSS. La muy extendida práctica del suicidio (que sólo podía evidenciar culpabilidad); el papel de la juventud (y la nueva construcción de la misma) y su consiguiente culto al cuerpo; la importancia puntera de la aviación en la demostración al mundo del poderío soviético y en la autoafirmación constante de las infinitas capacidades del régimen para progresar indefinidamente (otra cosa es lo fácil que puede llegar a ser que un piloto pase de héroe a traidor: tan sólo una avería puede significar la caída en desgracia y la consiguiente acusación); el turismo, el ocio, la producción cinematográfica (con el propio Stalin retocando guiones)... El sueño utópico avanza legitimado por los evidentes progresos tecnológicos y por el ingreso a marchas forzadas en una modernidad que se resistía a llegar, pero, sea cual sea el tema analizado, siempre encontramos el reverso del terror.

Quizá el capítulo más desgarrador sea el que describe el campo de tiro de Bútovo, en las afueras de Moscú, donde el autor construye la “topografía del Gran Terror”. Gracias en gran parte a la aportación de la arqueología, sabemos que Bútovo supone un cambio tanto cuantitativo como cualitativo en la historia de la represión, pues allí no sólo son asesinados 19.903 hombres y 858 mujeres, sino que la mayor parte de los muertos nunca han pertenecido al partido comunista. Muere gente de todas las clases sociales, de todas las nacionalidades, de todos los oficios; muchos mueren por ser inválidos, otros sin siquiera sospechar de qué se les acusa; bastantes incluso son fusilados por error... Además, este campo dista de ser una excepción: el huracán destructivo se ha extendido a todo el país. El carácter azaroso de las masivas desapariciones responde, paradójicamente, a una acción minuciosamente planificada: se asesina por cuotas. La escalofriante racionalidad de la irracionalidad estalinista se refleja en el extenso cuadro de las páginas 760-764, donde se reproducen las cifras de fusilamientos prefijadas de antemano por categorías sociales y por repúblicas, lo que implica que había que cumplir las cuotas a toda costa, caiga quien caiga, y que incluso habrá funcionarios que compitan por ver quién cumple más y mejor, lo que no impedirá que, concluido el objetivo, los agentes encargados de su ejecución sean las víctimas siguientes. En total, dos millones de muertos; una auténtica guerra librada contra el propio pueblo. El trasfondo de la aparente sinrazón es sencillo:

ante la perspectiva de las elecciones convocadas para diciembre de 1937, no basta con eliminar a los antiguos cuadros del partido; se trata de deshacerse de cualquier potencial rival. El Gran Terror es, desde esta perspectiva, fruto precisamente de la debilidad del régimen; la única posibilidad para imponer la utopía.

Sumamente interesante para entender el período es también el tercer proceso, ya en 1938. Si en los anteriores se había destapado una variada serie de conspiraciones, ahora todas ellas convergerán en un único “bloque antisoviético de derechistas y trotskistas”. El proceso es clave para entender el mecanismo de las famosas autoinculpaciones, que tan a fuego quedaron grabadas en la conciencia de los contemporáneos y tanto desconcierto crearon en la opinión pública mundial. Al respecto, el ejemplo de Bujarin es muy revelador: aunque niega la participación personal en los crímenes que se le imputan, sí que asume una responsabilidad general, política, por los errores cometidos. Y es que, según el antiguo dirigente, los logros del socialismo son de tal magnitud que están por encima de cualquier tragedia personal.

Nos encontramos, pues, ante un país inmerso en una crisis acuciante, agotado por la pasada guerra y con la perspectiva de una agresión externa, que achaca sus numerosos puntos débiles a la acción organizada de elementos hostiles, lo que sirve para aglutinar a una población aterrorizada en torno a un líder que ve enemigos por todas partes. La URSS se convierte, así, en un estado que ha convertido cualquier hecho cotidiano, cualquier accidente, en un acontecimiento inusual, en un sabotaje premeditado. La permanente sospecha de ser un faccioso, que puede recaer sobre cualquiera, pesa demasiado, y actúa como generadora de coacción hacia la conformidad con una línea oficial que, en realidad, nadie sabe donde se encuentra. Cualquier matiz puede ser fatal, y hasta distanciarse de las antiguas posiciones para abrazar al líder, o un exceso de celo en el trabajo pueden ser vistos como un táctica de disimulo al servicio del enemigo. Una criminalización masiva de la realidad, en definitiva, donde ningún juez, ningún acusador, puede estar seguro de que al día siguiente no será el acusado.

El libro propone, pues, una aguda visión del estalinismo. La gran cantidad de nuevo material que viene a avalar desde distintas perspectivas la conocida barbarie del período, sirve para obtener una interpretación mucho más matizada del mismo, superando así las versiones excesivamente unilineales o monolíticas. Lejos de constituir un régimen todopoderoso, su violencia va en gran medida ligada a su debilidad; es más, determinadas capas de la población son capaces de utilizar la violencia política del régimen en beneficio propio, al margen de

cualquier discurso ideológico o político; esos trabajadores que aprovechan la dinámica represiva para acusar a sus encargados por motivos que podríamos considerar claramente prepolíticos son un magnífico ejemplo de ello. Lejos de responder a un plan premeditado desde el principio, el terror estalinista es en gran medida improvisación para mantener por la violencia el poder en medio de un complejo campo de fuerzas.

En cuanto a aspectos meramente formales, hay que apuntar que, tras unos primeros capítulos verdaderamente sugerentes, llega un momento en que la fuerza narrativa del libro decae. Esto podría parecer difícil, dadas las dimensiones de la tragedia que se nos narra, pero desde luego no es cuestión de volumen: el problema es que las ansias de exhaustividad del autor le llevan a abusar del detalle; además, en ocasiones dificulta la lectura del texto el uso de citas excesivamente largas, pues la reproducción de una fuente puede llegar a ocupar varias páginas; incluso se dedican casi dos a transcribir tal cual un inventario, lo que lleva a lector a preguntarse si no hubiera podido el autor haber exprimido estos documentos y dárnoslos más digeridos. En todo caso, hay que insistir en que se trata solo de altibajos, no de una caída lineal en la trama del libro, que recupera pronto el interés.

Respecto al contenido, pese a las ya aludidas dimensiones de la investigación, se echa a faltar un mayor desarrollo de algunos temas: sabemos, por ejemplo, de la gran cantidad de familias enteras que fueron asesinadas durante el Gran Terror, pero no se habla de la dinámica de las acusaciones intrafamiliares, ni de las consecuencias (que debieron ser importantes) de estas. Se nos abre un mundo de bajos fondos, de fábricas en ebullición con dinámicas racistas, de mercado negro y de hambre, que queda, más allá de la represión, muy lejos de ser controlado ideológicamente por el estalinismo, pero no se habla de la dinámica socialmente atomizadora que debió tener un universo en el que nadie podía fiarse de nadie.

Con todo, la mayor debilidad del libro reside en otro plano: obsesionado por su intención de escapar de lo que en otro lugar el autor califica como “dictadura del tiempo” en beneficio de un espacio fuera del que no hay historia, el problema deriva en que en su topografía histórica sólo hay yuxtaposición, sin apenas temporalidad. En consecuencia, a veces no resulta fácil encontrar la lógica de acontecimientos y fenómenos que se van acumulando uno al lado de otro: el jazz al lado de los conflictos nacionales y raciales; el culto a Pushkin al lado de los procesos a disidentes; las manifestaciones de adhesión al régimen al lado de los suburbios donde se hacían los nuevos urbanitas en condiciones de precariedad extrema, etc. En su rechazo de la secuencialidad, su cronotopo ha querido

reproducir el Moscú de 1937 a una escala tan real que le salido un plano mastodóntico del mismo, en el que, de tan grande, a veces resulta difícil orientarse. En ocasiones pareciera que le ha sucedido a Schlögel lo mismo que a los cartógrafos imperiales de la célebre narración de Borges.

Por otra parte, se reitera, una vez más, el problema de la falta de diálogo con las ciencias sociales, hecho que sorprende si tenemos en cuenta la voluntad interdisciplinar de su anteriormente mencionada obra sobre la necesaria articulación del espacio en las reflexiones sobre el tiempo. Por ejemplo, para nada plantea cuestiones tan fundamentales como qué papel jugó en todo esto algo tan esencial como el carisma de Stalin, algo que le hubiera sido muy útil, como también lo hubiera sido la utilización del concepto de “religión política” a la hora de entender la movilización colectiva ligada a la sacralización del líder. Habla constantemente de los rituales de la muerte, de los teatros del poder y de su escenificación, pero quizá hubiera sido capaz de ir más allá recurriendo a trabajos como los de Turner sobre la *performatividad* del ritual o los de Shils, Balandier o Geertz sobre la teatralización del poder y sus representaciones. Fuera de una meramente empírica “sociología de la tumba colectiva” (pp.743-753), cualquier referencia sociológica, antropológica o politológica brilla por su ausencia, con la única excepción de la alusión inicial a Arendt.

No obstante, el libro reúne no pocos méritos. El primero, desde luego, la formidable masa de datos que proporciona y que lo convierte en un trabajo ineludible para futuras investigaciones. Su visión del estalinismo es novedosa y sugerente y, salvo los pequeños altibajos mencionados anteriormente, en general la narrativa es fluida. Un libro importante, pues, que se debe leer.

Pedro García Pilán  
Universitat de València